

## La cultura y las letras

**D**ON Eliodoro Astorquiza, crítico literario de «El Diario Ilustrado» de Santiago, ocupó una de sus crónicas dominicales de ese diario en examinar un libro de cuentos publicado a fines del año pasado por el escritor nacional Manuel Rojas. Especialmente se detuvo el comentarista en el prólogo que acompaña a la edición de «Hombres del Sur».

En dicho prólogo me permití dar algunas indicaciones biográficas sobre el autor, indispensables, a mi juicio, por tratarse de un escritor que hace sus primeras armas o que, por lo menos, reúne por primera vez en volumen sus trabajos literarios. Entre los datos que di, figuran los referentes a los trabajos que ha debido cumplir el autor para ganarse la vida. No son ellos precisamente oficinescos ni intelectuales, sino, por lo contrario, muy materiales y rudos.

Omití alusiones más estrictas a los estudios que pudiera haber hecho en su vida Manuel Rojas por una razón muy sencilla: el ignorar todo lo referente a esta materia. No sé, pues, si Manuel Rojas ha cursado las humanidades, como se atreve a suponer el señor Astorquiza, con base que ignoro. Con posterioridad a la publicación del libro he sabido, por confesión directa del autor, que sus aficiones literarias se despertaron por los consejos oportunos que le brindó, en la adolescencia, un joven a quien conoció en la ciudad argentina de Mendoza. Más tarde, la convocatoria a un concurso de cuentos por una publicación periódica de Buenos Aires, en momentos en que el autor sufría una aguda crisis económica, lo decidió a escribir cuentos. No le he preguntado al autor cuándo aprendió a es-

cribir ni en qué colegio: no me ha parecido ni me parece necesario.

El señor Astorquiza revela en su artículo creer que para escribir como lo hace Manuel Rojas es necesario haber hecho estudios completos de humanidades y poseer lo que se llama en Chile, con indudable benevolencia, una cultura. Si alguien le asegura que un escritor meritorio no ha hecho tales estudios, el señor Astorquiza se siente inclinado a suponer que se le oculta la verdad. No me parece éste un camino correcto. La vida social nos impone aceptar lo que se nos dice con apariencias de seriedad, mientras no haya presunciones graves de que son sólo apariencias. ¿No piensa así el señor Astorquiza?

No pretendo con estas líneas llegar a la conclusión de que es mejor no haber hecho estudios literarios. Por lo contrario, El mejor camino literario me parece el de la cultura formal y estricta. No sólo lo señala la razón: lo confirma la experiencia. Un talento innato, que no ha tenido cultivo y se ha desenvuelto libremente, es casi siempre un poco lamentable. Se echa de menos en él, a menudo, la solidez de estilo que dan las lecturas de los clásicos, el rigor de la argumentación lógica, que no pueden proporcionar sino muchas y muy bien seguidas lecciones de la ciencia respectiva, y la variada elegancia que en la lengua y en el pensamiento dejan los conocimientos no literarios que acompañan a la cultura intelectual. Abundan los ejemplos relativos a las condiciones especiales que adornan la obra literaria del escritor que ha hecho estudios clásicos. Citemos, entre muchos otros, a Angel Ganivet, pensador español que en el transcurso de una breve vida escribió muchas páginas dignas de mención.

El estilo de Ganivet es vario y múltiple: tiene arrebatos, encendimientos y acometidas en que se revela su alma castellana de caballero, presta a tomar con decisión un camino y a defender con valentía una causa, siempre que ella sea noble y justa. Su pensamiento sigue siempre los cauces lógicos, y si a veces llega a la paradoja y choca con las costumbres generales, no es culpa que pueda achacarse al encadenamiento de

las ideas en la mente del escritor. Es sólo debido a la visión personalísima que éste tenía de la vida.

Ahora bien, Gánivet era un escritor excepcionalmente dotado y preparado para el cultivo de las letras. Estudiante distinguido de humanidades, no sólo cursó con brillo los estudios de las lenguas y de las literaturas griega y latina, sino que llegó a obtener los títulos y los grados que en España acreditan la competencia en los ramos que forman la cultura humanística.\*

Con un pequeño trabajo de imaginación supongamos, por un instante, desprovistos de tales instrumentos al escritor que he citado. ¿Habría cambiado mucho la obra de este hombre por tal hecho? ¿O la cultura literaria es atañedora sólo a los detalles del pensamiento y de su traducción literaria y no al fondo mismo de donde extrae el escritor las formas de su labor? Mi opinión personal es que la obra de Gánivet no habría cambiado sustancialmente.

Los mismos pensamientos que en ella están desarrollados en su totalidad, con gradación precisa y lógica, y traducidos en palabras escogidas, cultas, bien dispuestas, se hallarían también en la obra que hubiese escrito el escritor indocto. Lo único que se echaría de menos en ella sería el orden metódico, el rigor lógico, la gradación, las galas de estilo, la disposición adecuada de los términos y la brillantez de la forma literaria. Menos riguroso en el curso de las ideas y menos galano en su forma: tal parecería Gánivet si hubiese estado desprovisto de la amplísima cultura intelectual que adquirió en su vida.

Pero sería volver a la vieja máxima «Lo que Natura non dat, Salamanca non prestat», jamás desmentida, pretender trabar discusión sobre tan viejo tema literario. Lo que el escritor no lleva en sí mismo, no hay academia, no hay escuela literaria que se lo dé. Y si ese escritor no sabe escribir—perdóneseme la paradógica suposición—, pero tiene algo que decir, lo dirá de viva voz, lo cantará o lo gritará, como pueda y alcance. ¿No es esto acaso lo que ha supuesto tantas veces la crítica

---

\* Véase «El Porvenir de España», por Miguel de Unamuno y Angel Gánivet. *Renacimiento*, Madrid.

ante el obscuro origen de los poemas homéricos? No es esta la fuente de donde mana la grandiosa aportación *folk-lórica* a las diversas literaturas?

Indudable es también que la cultura literaria ayuda de manera poderosa al escritor. Merced a ella, como he indicado, sus pensamientos tienen trabazón lógica, se encadenan de manera adecuada y aciertan a presentar la verdad de la naturaleza en la forma verdadera que sólo dentro del marco de la lógica se concibe. También la cultura literaria da vigor e interés al estilo, lo levanta, le infunde amenidad y variedad. No pretendo decir con esto que el estilo pueda recibir los influjos exteriores que tan odiosos son al señor Astorquiza. Con él, pienso que un escritor sólo puede expresar en una forma una idea. Esa forma o el sistema de las formas que ese escritor emplea en traducir sus ideas, es lo que se llama comúnmente *estilo*. Pero entre un escritor que posee cultura y uno que no la posee hay la misma diferencia que entre un maestro y un aprendiz de un oficio cualquiera. Es una diferencia puramente accesorio. No toca a la integridad del trabajo que ambos ejecutan, sino al aprovechamiento de los materiales empleados y a la perfección del detalle en la obra resultante.

En menos palabras: es escritor el que tiene algo que comunicar a los demás, el que bajo las formas de la novela, de la poesía, del drama, del ensayo o del artículo, revela un tipo humano, una forma verbal, una situación moral o psicológica, un aspecto del pensamiento que sea interesante para los demás. No importa que ese individuo no sepa escribir o lo haga con incorrección, a saltos, sin pericia ni primores. La efectividad de su talento no disminuye por ello, y al admirarlo, la carencia de las condicionas adjetivas que da la cultura debe hacernos sólo lamentar una deficiencia; pero jamás arrastrarnos a disminuir las proporciones de dicho talento.

Otra observación del señor Astorquiza, en el mismo artículo que me ocupa, ha llamado mi atención. El crítico manifiesta su desvío por el sabor campesino de algunos cuentos de «Hombres del Sur». Dice, en efecto, que la literatura chilena en que figu-

ran rotos o bandidos, lo tiene ya rendido, y que ese género de personajes está, en su opinión, de sobra explotado. Para ello recuerda los nombres de Gana, Maluenda, Santiván y Latorre.

Parece desprenderse de esta observación del señor Astorquiza que no hubiese leído en el libro de Rojas sino tres cosas: el prólogo y los cuentos llamados «Laguna» y «Un espíritu inquieto», que le merece, por lo demás, muy francos elogios. Comparto su juicio: «Un espíritu inquieto» es el cuento más logrado de este volumen. Pero eso no significa de manera alguna que en los demás no haya fragmentos dignos de mención y hasta de primer orden. Me voy a referir a uno que desgraciadamente el señor Astorquiza parece no haber leído: «El bonete maulino».

Los personajes de este cuento son rotos y bandidos, tal como en algunos relatos de Latorre, Santiván, Maluenda y Gana; pero tienen algo personal y propio que en todo momento impediría que los confundiéramos con los creados u observados por los escritores citados. He aquí la diferencia, a mi modesto entender, entre el personaje central de este cuento de Rojas, Don Leiva, y los otros rotos y campesinos que circulan por las páginas de los cuatro cuentistas criollos mencionados más arriba.

Don Leiva, zapatero en Talca, es un ser que tiene una doble personalidad y en cuya vida, por lo tanto, presiden alternativamente dos principios. Mientras durante ciertos años de su vida—los de la juventud—se deja llevar por los placeres de la existencia y derrocha sus días y sus noches de jarana en holgorio, sin pensar en el porvenir, he aquí que de pronto sienta cabeza. Vuelve a su puesto de trabajo humilde y se apaga completamente su vida junto al banco de zapatero donde pega medias suelas, estaquilla y remienda el calzado de la vecindad. Cumple con su deber: ha formado una familia y le toca mantenerla. Es inútil que sus viejos camaradas de otros días vayan de vez en cuando a verlo para introducir en su alma la tentación. Don Leiva sigue estaquillando y sigue dando que hacer al tirapié y a la lezna.

Pero un día también se cansa de este vivir monótono; se

encuentra en plena madurez; las fuerzas le sobran; trabaja mucho, y todo ¿para qué? Para continuar pegado al banco, trabajando del alba a la noche sólo para comer él y su familia. Quiere hacerse rico; quiere gozar en los años de la declinación ese descanso que si continúa siendo zapatero no tendrá nunca. Entonces va a ver a dos amigos suyos, que son bandidos, con el objeto de que lo acepten en su pandilla. Los bandidos no tienen inconvenientes y Don Leiva comienza sus correrías en compañía de los irregulares. En el día, o por lo menos en ciertas horas, para no infundir sospechas, Don Leiva continúa en su banco, junto a la puerta de calle, trabajando y cantando. Quiere que todos sepan que continúa siendo zapatero. Pero en la noche sale sigilosamente de su casa y participa en dos, tres o cuatro golpes de mano.

Una vez la policía interviene, y Don Leiva, como los otros miembros de la banda, tienen que huir. Un compadre suyo recibe las ganancias que ha hecho en su temporada de bandillaje y queda con el encargo de mantener a su familia.

El ensueño ha terminado. Don Leiva llega a Santiago y aquí tiene que instalar nuevamente su banco y comenzar de nuevo a vivir con la parsimonia, la pequeñez y la monotonía de otrora. Empuña de nuevo la lezna, calza otra vez el tirapié y crea un nuevo hogar. Nada aparentemente ha cambiado en él; sólo en su alma ya no canta la cigarría embriagada de sol sino que, a lo más, un ratón minúsculo e infatigable almacena para el invierno que se avecina.

No creo que haya en la literatura chilena anterior a la obra de Manuel Rojas personaje alguno que de manera tan eficaz, con relieve tan poderoso y atractivo para el lector, represente la dualidad esencial que en Chile, como en todos los países americanos, muestra la raza mestiza. En el alma de Don Leiva luchan dos principios, dos morales, dos manifestaciones de la energía individual. Una de estas manifestaciones es la tradición de esfuerzo, de paz, de civilización—en todo lo que esta palabra tiene de preponderancia de los instintos pacíficos sobre la pugnacidad original del hombre—, de contracción al trabajo, de

domesticidad, que aportaron a la raza mestiza los leoneses, aragoneses y extremeños que colonizaron el centro de Chile. Una herencia de siglos de trabajo fecundo y el influjo de las culturas extrañas que, envueltas en la ola de las invasiones, modelaron algunas facetas del carácter hispano, forman el aporte de la colonización española en nuestro país.

A la formación de la nueva raza ofreció el elemento materno—mujeres de la población autóctona que encontraron los españoles al invadir el territorio que habitamos—una herencia bien precaria. Nada de civilización, nada de contracción al trabajo, nada de domesticidad ni de laboriosidad ni de ingenio. En cambio de todo esto, los instintos primitivos en que se nota el antepasado de las cavernas. En efecto, el hombre aborígen de América, salvo las excepciones de México y del Perú, no contaba a la llegada de los conquistadores sino con rudimentos de cultura que apenas lo habían sacado del estado de salvajismo. Su ocupación fundamental era la guerra; la arquitectura no había sido descubierta por su mentalidad primitiva, el lenguaje se componía de lo más rudimentario; las ideas morales, religiosas y familiares eran escasas y pobrísimas. En todos los aspectos de la vida, el aborígen demuestra hallarse en una etapa elemental de su desarrollo. Los instintos pugnaces son más abundantes y más poderosos que los pacíficos; el hombre no sabe cultivar el campo y su alimentación es preferentemente la caza y la pesca y está completada con los productos naturales del suelo, los que se recogen sin cultivo previo. Como diversiones, el aborígen no sabe de otras que de las turbulentas. El holgorio es su estado normal; la remolienda marca la culminación de su placer en cuanto miembro de una sociedad.

De estas dos almas hay vestigios en la gente mestiza de Chile; de estas dos almas hay, también, huellas en la vida de Don Leiva. Y no venimos a saber esto porque el autor nos lo explique, basándose en los documentos que ha elaborado *a posteriori* la ciencia. No. Manuel Rojas nos cuenta los hechos de la vida de Don Leiva, sus alternativas, sus vicisitudes y sus vacilaciones, como simple narrador. La razón de estos cambios,

el sistema de fuerzas y de influencias que encubren, lo deduce el lector.

¿Hicieron otra cosa en su tiempo Balzac y Stendhal, maestros insuperados de la novela occidental? No nos dice Balzac que su Grandet sea avaro; lo prueba con los hechos de la vida de Grandet, con sus pensamientos, con la reacción de su alma ante el mundo y ante los hechos de los demás hombres. Tampoco Stendhal nos habla de la vanidad impulsiva de Sorel. Para hacérsela conocer nos presenta a Sorel en sociedad, nos hace asistir a las escenas en que dos seres se aman y, finalmente, nos hace contemplar la rivalidad de dos mujeres en torno al ser querido de ambas.

Tampoco hizo otra cosa Dostoyevski, maestro de la novela oriental o eslava. No nos dice el autor que el príncipe Muichkin sea un hombre de alma pura, una especie de cristiano pristino, liberado de todo egoísmo, de todo instinto violento. En cambio nos muestra a Muichkin como hombre, pensando, sintiendo, en una palabra: viviendo, y de este espectáculo deducimos la virtud del príncipe, su bondad franciscana y evangélica.

¿En qué cuento de Gana, Maluenda, Santiván o Latorre se nota esta antinomia que cada hombre del pueblo chileno lleva en su espíritu? ¿Cuál de nuestros cuentistas ha sabido leer con tanta claridad y sin presunción alguna de trascendentalismo en el alma del campesino? No pretendo negar la importancia de las obras de los cuentistas mencionados. Cada uno de ellos tiene un título especial por el cual merecen la estimación y aún más, el respeto de los lectores inteligentes. Pero debemos confesar que la obra de Manuel Rojas marca un paso adelante. Rojas, con intuición de escritor de raza, ha sabido dar en el detalle único, en el dato que nos hacía falta para precisar la imagen de nuestro pueblo. A mi entender, la filosofía que puede desprenderse de la obra de Rojas, por lo menos en lo que tiene relación con el aspecto campesino de la misma, es la que he formulado más arriba.

Luego Manuel Rojas es un escritor de talento, que tiene algo que confarnos, que posee pupila de novelista y que sabe explo-



tar la realidad ambiente y su propio tesoro espiritual para el arte que realiza. Que haya o no cursado humanidades, no le quita un ápice de su mérito.

Pero no será inoportuno decir aquí, para que lo sepa el que no haya leído la obra de Rojas, que este escritor tampoco se encuentra desprovisto por entero de las condiciones accesorias que, a mi juicio, necesita el literato. Las posee. Pero no las ha adquirido en la forma consagrada. No ha frecuentado universidades, ni ha leído mucho los clásicos, ni ha cursado las áridas disciplinas que prestan la cultura pero no dan el talento. Lo que sabe lo ha aprendido en contacto directo y cotidiano con el mundo ambiente, hacia el cual ha mirado con ojos simpáticos y escudriñadores. En él ha podido tocar con sus propios dedos la masa de que están hechos los hombres, ahondando en la maraña de sus caracteres y de sus pensamientos. A veces podrá resentirse su estilo de alguna flojedad, monotonía o discordancia. Pero jamás empuñará Manuel Rojas la pluma sin tener algo que contar. Jamás se entregará a juegos triviales en que entre más el ingenio que la verdad humana, profunda y áspera, en que bebe inspiración.

¿Vale por esto menos un escritor? No creo que el señor Astorquiza pueda convencerme de tal cosa.

RAÚL SILVA CASTRO.